

FRANCISCO MERCHÁN

CRÍMENES
IMPERFECTOS



Ediciones
Alféizar

CRÍMENES IMPERFECTOS

Francisco Merchán

ÍNDICE

DAME TU CORAZÓN

Capítulo 1 - Sangre en el patio trasero

Capítulo 2 - Mal despertar

Capítulo 3 - Cenizas y tarta de manzana

Capítulo 4 - Un paseo por el lago

Capítulo 5 - Sala de urgencias

Capítulo 6 - Viaje a ninguna parte

Capítulo 7 - Interestatal 90

Capítulo 8 - Miradas

Capítulo 9 - La caza

Capítulo 10 - Edison Park

Capítulo 11 - En el buen camino

Capítulo 12 - Una casita en Muskegon

Capítulo 13 - NOVOSAFE

Capítulo 14 - Yuigón

Capítulo 15 - Disipando dudas

Capítulo 16 - Atando cabos

Capítulo 17 - Un almuerzo en el jardín

CARNE IBÉRICA S.A.

DAME TU CORAZÓN

Francisco Merchán

*Desde el comienzo
has estado a mi lado
sin pedir nada,
pero dándolo todo.
Contra viento y marea
has entregado lo mejor de ti,
(que es mucho),
sin exigir contrapartidas.
Una sonrisa eterna
que se desvive por los demás, en general,
y por nosotros, en particular.
Nunca he conocido alguien
con un corazón más sincero y grande que el tuyo.
Doy gracias al destino, por ponerme en tu camino.
Siempre unidos.
Siempre juntos.*

Capítulo 1 - Sangre en el patio trasero

Desde el suelo, Ellen observó cómo la recortada sombra de su asesino se alejaba. El tipo, espigado y algo desgarbado, se detuvo tras llegar a la esquina del callejón con la brusquedad de quién ha olvidado las llaves al salir de casa. Tras girarse, el impacto de las gotas de agua contra el cuerpo casi inerte de la mujer consiguieron hipnotizarle durante unos instantes. Una fugaz sonrisa surcó su rostro casi al mismo tiempo que dos dedos de su mano se colocaban en la frente, a modo de saludo militar. Lanzó a Ellen una mirada con sabor a despedida e hizo un leve gesto con la cabeza para, segundos más tarde, perderse entre las impenetrables sombras nocturnas de la densa arboleda. Apretando los puños, Ellen lo vio hundirse en la negrura mientras seguía tirada en el suelo de su patio trasero. El aguacero, lejos de amainar, acrecentaba poco a poco su intensidad. Los sumideros próximos eran incapaces de evacuar tal cantidad de agua con lo que poco a poco se empezaron a formar a su alrededor grandes charcos de lluvia. Con su corazón latiendo a mil revoluciones por minuto, su mente se resistía ante un final que se antojaba poco menos que inevitable. Tenía que hacer algo pronto o todo se habría acabado. Se concentró, intentó despejar su mente y dirigió la energía de cada átomo de su cuerpo a la tarea de moverse para poder llegar hasta el teléfono más cercano. Sus músculos, reacios al principio, parecieron durante unos segundos ganar en actividad, aunque a una velocidad que se antojaba insuficiente. Ellen, lejos de rendirse, apretó y ordenó echar más madera a las calderas. A toda máquina. Hasta el último aliento. Y entonces, cuando parecía que por fin su cuerpo la obedecía e iba a conseguir incorporarse, se desmoronó en el suelo como un castillo de naipes barridos por una corriente de aire. Empezó a temblar de manera casi compulsiva y ya no fue capaz ni siquiera de mover los dedos de una

mano. A pesar de su voluntad, su cuerpo se había rendido. Cada hueso, órgano, sentido o célula decidieron disminuir, de manera gradual, su intensidad, hastiados ante tanta desgracia. Por las heridas que la había infligido aquel enorme cuchillo de cocina, su sangre seguía fluyendo hacía las cloacas de manera lenta e inexorable. Segundo a segundo, el dolor y el frío comenzaron a remitir. Como el general Caster, hizo un último intento por alcanzar su bolso. Estaba tan solo a medio metro pero no pudo ni siquiera acercarse a rozarlo. Una vez más, su esfuerzo le había resultado del todo inútil. La pérdida de sensibilidad iba en aumento al igual que la densa niebla que se estaba formando en su mirada. Instantes antes de perder la conciencia, Ellen escuchó el ruido amortiguado y lejano de las sirenas. Una dulce calidez la fue embargando con la suavidad que una madre envuelve a su bebé después de darle un baño caliente en invierno. Su niño. Su pequeño. Llevaba tanto tiempo deseando estar en paz que, a pesar del obstinado coraje por seguir luchando, su cuerpo se dejó llevar, sumergiéndola en un profundo sueño del que ya nunca iba a despertar.

El agudo zumbido del busca resonaba todavía en su cabeza. Sobresaltado, Peter se despertó y se levantó de la litera de su despacho al tiempo que estiraba los brazos. Entre bostezos y acidez de estómago, miró el reloj de su teléfono móvil. Las 04:15 de la madrugada. Perfecto, un aviso justo en plena noche. Con desgana, miró la extensión y vio que el aviso provenía de urgencias. Levantó el auricular con pesadez y marcó el número. Con un poco de suerte sería una consulta rápida o alguna duda de algún residente de primer año sobre la idoneidad de un anestésico local determinado para coser los puntos en una mano. Tras un par de tonos, alguien descolgó.

—Urgencias, dígame —respondió una sugerente voz femenina.

—Hola, soy el doctor Peter Tenway, el anestésista de guardia. He recibido un aviso de urgencias. ¿Sucede algo?

—Buenas noches, doctor Tenway. Nos han avisado que viene hacia aquí una mujer con heridas de arma blanca. El cirujano de guardia, el doctor Melvin, me pidió que le avisase. La ambulancia estará aquí en unos 15 minutos.

—Gracias. Ahora mismo bajo.

Se asomó por la ventana. Llovía a mares. Era noche de estar en casa acurrucado en el sofá debajo de varias capas de mantas, no dando cuchilladas a diestro y siniestro. Pero por desgracia en este mundo había gente dispuesta para todo. Resignado, se fue con parsimonia hacia la máquina de café al tiempo que rebuscaba unas monedas en su bolsillo. La noche iba a ser larga. Volvió a su cuarto, cogió el fonendoscopio que colgaba del perchero, se lo puso alrededor del hombro y se encaminó a urgencias con el humeante vaso de oro negro en su mano.

Nada más llegar se acercó al mostrador donde estaba la enfermera con la que probablemente había hablado. Sin hablar, ella le acercó el historial que había podido recuperar de la paciente. Había imprimido el breve resumen que elaboraba el nuevo programa informático que habían instalado en todo el hospital. Y es que, a pesar de la recesión reinante (o quizás debido a ella), el Estado de Maine se había gastado recientemente la nada desdeñable cantidad de 100 millones de dólares en conectar toda la red sanitaria del territorio, tanto pública como privada, mediante el portal RESLIAS. Una de las múltiples novedades era que se había incluido una herramienta en la nueva interfaz que preparaba en segundos un resumen de la historia clínica completa del paciente. A Peter no le gustaba demasiado en lo referente a términos del derecho a la privacidad pero debía reconocer que era una aplicación muy útil para los casos de urgencia. Y este caso sin duda lo era.

Se sentó en el destartalado sillón de la sala de estar y abrió el dossier mientras apuraba el café. Ellen Cistar, 39 años. Sin enfermedades importantes, ni alergias. Peso dentro de los valores normales. Sin antecedentes quirúrgicos. "Nada relevante" pensó satisfecho, ya que, desde el punto de vista anestésico no había ninguna complicación potencial. Justo cuando iba a cerrarlo para devolverlo observó una pequeña anotación en el margen inferior de la primera página. "Falta historial psiquiátrico Hospital St. Joseph". Aquello le hizo fruncir el ceño.

—¿Eres Rosanne, verdad? —preguntó Peter mirando la dorada chapa que colgaba reluciente en el uniforme de la enfermera —¿Podrías intentar recuperar el historial psiquiátrico de la paciente? Estuvo ingresada en el hospital St. Joseph.

—¿Tengo pinta de secretaria?

Peter se la quedó mirando, sin saber muy bien qué responder.

—El caso es que todavía no me manejo excesivamente bien con el nuevo programa y a estas horas voy a ser incapaz de rescatarlo —rogó luciendo su mejor sonrisa—. Si pudieras echarme una mano, te estaría muy agradecido.

La enfermera, entre resignada y halagada, suspiró y se fue hacia el ordenador. Tras sentarse y teclear durante un par de minutos, se levantó y se acercó de nuevo a Peter con cierta sorpresa reflejada en su rostro. No dejaba de observar un folio recién impreso.

—Esto es muy extraño.

—¿El qué exactamente? —preguntó Peter.

—Los datos de la paciente están en la ficha pero el resto de información sobre ingresos, medicación, tratamiento o enfermedades no aparecen por ningún lado.

—¿A qué te refieres?

—Pues que es bastante raro porque estas páginas del final del informe están debidamente cumplimentadas, pero no así las centrales que se refieren al historial médico.

—¿Y por qué te resulta eso tan extraño?

La enfermera le miró y puso los ojos en blanco mientras suspiraba.

—¿Por qué es extraño? Tantos años de universidad para acabar enseñando informática a las cuatro de la mañana...

—exclamó con los brazos en jarra— Doctor Tenway, RESLIAS se supone que es un programa estanco, es decir, que no te deja cumplimentar una página si no lo está debidamente la anterior. Nadie debería haber podido rellenar las últimas páginas sin completar con las que faltan. Así que, o bien es un error o han sido borradas por alguien.

—¿Borradas?

—No sería tan extraño. He visto colegas suyos borrando u obviando datos de un paciente en alguna situación determinada con el fin de esconder algún tipo de negligencia, por ejemplo. Algunos han llegado incluso a perder parte o la totalidad de un historial completo. No es algo muy habitual, pero a veces sucede, y usted lo sabe, doctor Tenway.

—Bien, Roseanne. Dejémoslo estar, sinceramente no creo que estemos en una película de Hitchcock —contestó Peter—. Ni siquiera imagino el motivo por el cuál alguien se iba a entretener en ir borrando historiales médicos de una base de datos informática. Supongo que será algún tipo de error en la grabación o en la transposición de datos.

—¿Ahora es experto en ordenadores, doctor Tenway?

Peter suspiró. Sin duda no era el momento de empezar una disputa.

—Supongo que no —concedió—. ¿Serías tan amable de llamar a St. Joseph y pedirle al psiquiatra de guardia que

nos elabore un breve resumen general y lo envié por fax de manera urgente?

Roseanne frunció el ceño y miró al techo al tiempo que meneaba la cabeza.

—Es importante para mí saber si tomó drogas en algún momento de su vida, qué cantidad, tipo, dosis, durante cuánto tiempo... De hecho, esos datos son vitales de cara a una anestesia general y más en casos de urgencia vital. Pueden afectar de manera más que importante a la vida de la paciente, y lo sabes.

La enfermera resopló, miró la cara de cordero camino del matadero que Peter le había puesto y le sonrió.

—Llamaré directamente a urgencias del hospital. Conozco un par de compañeras de la universidad que trabajan allí. A ver si están de turno y pueden hacer algo —contestó mientras, resignada, se giraba e iba hacia el teléfono.

—Gracias, Rosanne.

Mientras, Peter entró en los quirófanos destinados al área de urgencias. Anexada a esta zona por un largo pasillo, constaba de tres salas estériles completamente equipadas e independientes, un par de almacenes y un pequeño comedor para el descanso del personal. La sala de quirófano número dos ya tenía las luces encendidas así que decidió entrar sin demorarse más. Saludó al resto del equipo y después se puso a revisar con cuidado sus aparatos y equipamientos. Como siempre, empezó con el respirador y luego con el laringoscopio, el sistema de aspiración de fluidos o las guías flexibles para intubaciones difíciles. Un par de minutos más tarde, tras haber comprobado uno a uno todos los equipos y sistemas que podría necesitar, se sentó en un taburete cercano. En este tipo de casos no se sabía muy bien con lo que se podía encontrar y él era una persona a la que no le gustaban las sorpresas. Tenía que estar preparado para cualquier tipo de eventualidad, nada era aleato-

rio. Habló con el personal de enfermería presente en la sala y que estaba preparando la medicación, las bombas de infusión, el instrumental quirúrgico y el resto de elementos necesarios para intentar resolver con éxito aquella urgencia. Cuando lo tuvieron todo listo y se iba a sentar de nuevo a esperar, Rosanne asomó la cabeza por la puerta lateral del lavamanos y siseó a Peter. Este se giró y fue hacia ella.

—He encontrado a una de las compañeras de las que le hable. Justamente hoy también hace turno de noche —dijo Roseanne—. Ha sido una dura negociación. Me ha costado un par de copas en el Sunset Club para el próximo sábado y una entrada de cine para el estreno de la última película de Brad Pitt. Luego ha bajado al archivo en busca de la historia de la paciente. En el expediente no hay nada —terminó de decir.

—¿Cómo que no hay nada?

—Absolutamente nada. La carpeta estaba en su archivador, pero dentro no hay ni un solo papel —respondió la enfermera—. Fue a ver al psiquiatra de guardia y éste le dijo que no sabía nada de la paciente. Parece que sólo lleva dos meses en la institución.

La cara de Peter era un poema. No sabía ni que decir.

—Si no necesita nada más, me voy. Ya me ha salido usted bastante caro para una noche, doctor Tenway.

—Gracias, Rosanne —respondió—. Y, por cierto, de la parte económica no se preocupe. Estaré más que encantado de pagarle esas copas e incluso las entradas de cine, si le parece bien.

—¡Me parece perfecto, Peter!

—Ya hablamos entonces. Gracias de nuevo —se despidió Peter mientras volvía a entrar en el quirófano con la cabeza en otro sitio.

Un minuto más tarde, un estridente timbre le sacó de su ensoñamiento. Aunque carecía de una información importante para hacer su trabajo, la paciente no podía esperar. Tendría que ir a ciegas y eso era algo que le ponía enfermo. Salió del quirófano y fue a recibirla junto al resto del equipo. Todos se congregaron delante de la doble puerta de cristal en un silencio roto tan solo por la respiración agitada de algunos de los allí presentes y la alarma que emitía la ambulancia mientras se acercaba al muelle de atraque dando marcha atrás. Se detuvo, los técnicos se bajaron y abrieron la portezuela de par en par. “Empieza el baile”, pensó Peter. Unos segundos después, una decena de personas corrían a toda prisa por los pasillos guiando la camilla en dirección al quirófano. El médico de la ambulancia iba cantando datos médicos a Peter, que los anotaba mentalmente. Tenía al menos tres heridas por arma blanca. Las dos primeras transversales, en las muñecas, que habían dejado prácticamente de sangrar y otra, más profunda, en el abdomen, de la que brotaba de manera continua un hilo de sangre muy oscura. Era probablemente hepática. Necesitaba cirugía urgente o entraría en un shock por falta de volumen sanguíneo y podría morir.

—...y el sangrado ha sido abundante. Le he mantenido la tensión con expansores de volumen y noradrenalina. Está muy inestable. No he conseguido intubarla debido a la agitación y lleva dos vías periféricas con suero salino. No hemos conseguido tampoco una vía arterial —dijo el médico de la ambulancia como una ametralladora.

Peter ordenaba sus datos mentalmente mientras la trasladaban de la camilla de transporte a la mesa quirúrgica. Una vez allí y mientras monitorizaban a la paciente, Peter comenzó a dar órdenes.

—0,15 mg. de Fentanilo, 150 miligramos de Propofol y 40 miligramos de Rocuronio. Ponle también un miligramo de atropina. Prepárame un tubo endotraqueal del número

siete con una guía flexible —pidió Peter a la enfermera encargada de ayudarle en la anestesia—. ¡Ellen, Ellen! —dijo Peter al oído de la mujer— ¿Puede oírme? Voy a sedarla y a ponerle un tubo en la garganta para que respire. ¿Me ha entendido?

Inquieta, Ellen se removió e hizo el ademán de retirarse la mascarilla para hablar. Peter la ayudó y se acercó a ella. De pronto, se incorporó bruscamente y se puso a gritar.

—¡Ellos se llevaron a mi niño! Me lo robaron y nadie hizo nada. ¡Mi pequeño, mi pobre pequeño! —gritó al tiempo que perdía el conocimiento y se desplomaba.

Durante unos instantes todos se quedaron congelados, mirándose. Luego Peter consiguió reaccionar.

—¡Venga, todos a trabajar!

Entonces terminó de retirar la mascarilla y esperó a que la medicación que estaba poniendo la enfermera hiciese su efecto. En cuanto los distintos componentes inundaron el torrente sanguíneo, la mujer se relajó. Peter la ventiló a través de una mascarilla facial con oxígeno en altas concentraciones alrededor de un minuto y a continuación le colocó un tubo en la garganta que iba conectado al respirador. Tras comprobar con su fonendoscopio que estaba en el sitio correcto y que la paciente respiraba con normalidad, Peter dejó que la enfermera de anestesia fijara el tubo mientras que él observaba el monitor de las constantes de Ellen. El estado de la paciente era crítico. Los cirujanos, de hecho, habían empezado a hacer la incisión antes de que estuviese del todo dormida. Había mucha sangre. Peter pidió a la enfermera que llamara de manera urgente al banco de sangre y pidiese ó concentrados de sangre sin cruzar. Era el tipo de sangre que se solicitaba ante una urgencia vital extrema. Mientras esperaba, Peter intentó ganar tiempo. Comenzó a poner distintos tipos de medicaciones cuyo fin eran ayudar a la mujer a mantener aceptables sus niveles

de tensión arterial, los cuales bajaban de manera drástica. Si no encontraban pronto el origen del sangrado, la situación se pondría imposible. Un par de minutos después de comenzar la intervención y, a pesar de los esfuerzos de todos, la paciente entró en estado de shock.

—¡Anne, trae más fenilefrina y carga dos atropinas más! ¡Jhon, haz el favor de llamar al banco de sangre y decirle que se den prisa o no tendrán que venir! —ordenó Peter.

Un minuto después de entrar en shock, Ellen sufrió una fibrilación ventricular y su corazón se detuvo. El doctor Melvin era un excelente cirujano, ligaba vasos e iba reparando venas a una velocidad endiablada, y Peter era un magnífico anestesista. Con todo esto a su favor, a pesar de sus esfuerzos y tras más de media hora reanimándola, Ellen Cistar falleció. Y es que, como pudieron comprobar después, los daños en el hígado y el bazo eran tan severos que no era posible salvarla. Eran las 05:30 de la mañana y ambos médicos se estaban mirando con la tristeza de quien acaba de perder un paciente.

—Lo siento, Thomas. Has hecho un buen trabajo. Por desgracia, venía en muy malas condiciones —dijo Peter al doctor Melvin—. No se ha podido hacer nada.

—Lo sé. Gracias. Tú también has hecho un buen trabajo, Peter. Siempre me entristece perder a un paciente, pero la juventud siempre aumenta esa sensación. ¿A ti no te pasa? —dijo el doctor Melvin mientras, con cariño, le pasaba la mano por la cara al rostro ya sin vida de Ellen.

Ambos médicos se miraron y asintieron. Juventud y muerte nunca fueron sin duda buenas compañeras de viaje. Durante los siguientes minutos cosieron las heridas e incisiones practicadas durante la cirugía y retiraron todos los catéteres, tubos y sondas que le habían colocado. Cuando acabaron, la envolvieron con cuidado con un par de sábanas limpias, dejando solamente visible el rostro. Peter la mi-